

tosas colgaduras, imágenes de la Virgen, lazos y flores; apareciendo iluminados, apenas llega la noche, desde el opulento palacio hasta la más humilde morada.

•••

Muchas imágenes de la Madre de Dios son llevadas procesionalmente por las calles de la capital, siendo una de las que más viva devoción inspiran la que en la mañana del 15 de Agosto sale de nuestra suntuosa basílica. Conservan algunas personas la dulce creencia de que la Reina de reyes concede cuantos beneficios demandan sus devotos en el momento que la antigua esfigie, donativo del santo rey Fernando, en ricas andas conducida, asoma á la puerta de la Catedral. Innumerables hijas del pueblo y algunas señoras acuden afanosas á la plaza de la Giralda, conmoviendo al que las observa el fervor con que dirigen silenciosas preces á la Madre de Misericordia en el instante solemne de aparecer ante el público su venerada imagen, saludada por el entusiasta murmullo de toda la muchedumbre.

Digno es también de notarse el vivo cariño con que los moradores de los barrios inmediatos al templo de Capuchinos, acuden á la procesion que el último domingo de Mayo ó el primero de Junio recorre los campos cercanos al barrio de la Macarena. Esta es quizás la más modesta de cuantas se ven en Sevilla: lo es tanto, que pocas veces despierta la curiosidad del mundo elegante, y la concurrencia que acude á verla, salvo alguna excepción, compónese de los labriegos y artesanos de aquellas inmediaciones. La esfigie de San Francisco de Asis, patriarca de los pobres, figura en ella, y la Santa Virgen, con humilde traje de pastora y rodeada de blancas ovejas, la preside. Alegre y fantástico al par es el aspecto que presenta aquel cuadro en cuyo fondo, erguidos y fuertes aunque ennegrecidos por los siglos, miranse las murallas y torreones romanos, únicos que en Sevilla se han salvado de la demolidora piqueta moderna. Algo parece reinar allí, en esos momentos, de la dulce sencillez del idilio: el sol ocúltase lentamente á nuestra vista detrás de las espesas arboledas, mientras el viento de la tarde, que orea los cercanos huertos y jardines, nos hace sentir el balsámico aliento de las últimas flores de la primavera, ó bien agitando en continuo oleaje las ya granadas espigas de lejana vega, traenos ese aroma sin nombre que despiden los sembrados al sentir los primeros anuncios del estío; aroma que pasa desapercibido para muchos, pero que despierta gratos recuerdos en el corazón de cuantos lograron admirar en su infancia los encantos de la campiña.

El paso de la Virgen que marcha pausado entre la gozosa multitud, detiéndose de trecho en trecho, y una voz sin acompañamiento de ruidosa música, entona las

alabanzas de la celestial Pastora. Apenas el cantor concluye, algunas de las innumerables devotas que se han ido agrupando por toda la carrera, repiten el estribillo de aquellas coplas, que por su grata sencillez así en la letra como en la música, parecen improvisaciones de tan buena gente.

VI

Las sevillanas son tan devotas de la iglesia como del hogar. Hace años oimos leer un romance que describiendo las cualidades de una jóven, entre otras cosas, si mal no recordamos, decia:

« Es tan fina en el estrado  
Como dispuesta en la casa.»

Citamos estos versos no ciertamente por su mérito literario, sino porque esas frases pudieran tener perfecta aplicación al tratar de las jóvenes de la clase media y aun de la más elevada de Sevilla. En efecto, en esta localidad, la hija mayor, aleccionada por su madre, toma parte desde muy niña en los asuntos domésticos. Alma de la casa, en la que no hay mayordomo ó ama de llaves, ella ejerce estos cargos; lleva exacta cuenta de los gastos, y señalando á los criados sus respectivos quehaceres, como la *mujer fuerte* de la Biblia, les estimula á cumplir bien sus obligaciones con la irresistible elocuencia del ejemplo.

Dicese que hay señoras de otras provincias que acusan á las sevillanas de pródigas: en cambio no faltarán otras que las crean demasiado económicas: por lo que casi todas las hijas de este suelo consiguen lo que deseaba para sí un señor de muy buen criterio. «Quiero, —decia,— que en los negocios y arreglo de mi casa, los pródigos me tengan por avaro, y los avaros por demasiado pródigo.» Semejantes censuras dejan comprender que el que es objeto de ellas ha sabido hallar en esto el difícil *justo medio*, esa economía prudente que va siempre unida á la más noble generosidad.

Algunas señoras de Sevilla, principalmente si son oriundas de pueblos pequeños, ó han pasado en ellos largas temporadas, suelen no ser muy ajenas al arte de condimentar bien los más notables guisos, y aun á veces adquieren gran maestría en la preparacion de exquisitas golosinas, pudiendo dar á su cocinera consejos tan acertados como los que la superiora de cierto convento da al celeberrimo Brillat Savarin, indicándole el secreto de *confeccionar* algunos manjares para que resulten más gratos al paladar, con lo que, segun acertadamente dice la discreta priora, el *buen Dios* no puede ofenderse.

Tan improbas tareas no impiden que las jóvenes consagren sus horas de ocio á gratas habilidades: despues de haber dicho adonde alcanza su inteligencia tratándose de bordados y de otras labores, añadiremos que muchas aprenden á dibujar muy bien, no faltando algu-